

UNA NOTA SOBRE LA CRISIS  
DE LA SERICICULTURA  
EN VALENCIA  
(1850—1870)

VICENTE MARTINEZ SANTOS

A mediados del siglo XIX, como es sabido, la sericultura europea, lo que es tanto como decir mediterránea, se vió afectada por los profundos efectos de una violenta epidemia de *pebrina*: los gusanos de seda morían antes de que llegaran a concluir su ciclo vegetativo y las cosechas de seda se perdieron año tras año.

La consecuencia fundamental impuesta por estas circunstancias críticas habría de ser el ascenso del Japón al rango de primera potencia sericícola mundial y, algo más tarde, su conversión también en el primer centro de la industria textil sedera. Si la agricultura jugó un papel central en el proceso de la modernización económica japonesa, la sericultura fue, dentro de ella, uno de los sectores más dinámicos, especialmente al principio de la era Meiji. El Japón se convirtió en el más importante abastecedor de simiente de gusanos para los sericultores europeos cuando la evidencia mostró que ninguna de las especies mediterráneas, incluidas las de Levante, estaban exentas de la enfermedad. En 1869, por ejemplo, llegaron a Europa —principalmente a Italia y

Francia— unas 600.000 libras catalanas de simiente<sup>1</sup>. Todavía en los primeros años de la década de los 70 la exportación de simiente representaba la mitad de las exportaciones japonesas de seda en rama<sup>2</sup>. Pero después, lo que comenzó a incrementarse considerablemente fueron las exportaciones de seda hilada. Y, lo que es más importante, no solo creció la producción de seda, sino que en respuesta al estímulo de la demanda occidental, el proceso de la producción textil, aunque sin romper completamente con la tradición de la industria doméstica y en pequeña escala, se encaminó decididamente por los derroteros de la producción industrial capitalista<sup>3</sup>.

Sin embargo, la incidencia de la crisis sericícola tuvo en Europa resultados muy distintos. Francia, Italia y España eran los tres países donde la industria sedera tenía mayor importancia. Fuera de este punto común, se imponía no obstante, la diversidad de situaciones. A grandes rasgos, podemos señalar la existencia de una cierta división internacional del trabajo: Francia era el centro manufacturero, en tanto que Italia y España abastecían de materia prima. Con todo, también la sericultura francesa había conocido un rápido crecimiento desde principios de siglo, hasta el punto de que hacia 1845 estaba en condiciones de proporcionar casi la mitad de la seda que requería la fábrica lyonesa<sup>4</sup>. Pero el cultivo de la morera tropezó pronto, especialmente en el sur, con la terrible competencia de la viña<sup>5</sup>. De ahí que la cosecha de seda retrocediera muy rápidamente, cuando la *pebrina* comprometió seriamente su rentabilidad y ni siquiera los esfuerzos emprendidos por Pasteur para poner remedio a la enfermedad, que comenzaron a dar sus frutos hacia 1870, frenaron la decadencia sericícola francesa. Por otra parte, la industria de Lyon se diversificaba, al tiempo que su sedería podía atender sus exigencias de materia prima gracias a las importaciones orientales, como decíamos, para las que constituyó gran ayuda la puesta en servicio del canal de Suez<sup>6</sup>.

1 *La agricultura valenciana*, vol. 7, 1869–70, p. 98 (En lo sucesivo, citado como *La agricultura*).

2 G. C. ALLEN, *A short economic history of modern Japan*, Londres, 1972, p. 66.

3 A. MADISON, *Economic growth in Japan and the USSR*, 1969, (versión castellana, Méjico, 1971; J.I. Nakamura, *Agricultural production and the economic development of Japan 1873–1922*, Princeton, 1966.

4 J. VASCHALDE, *Les industries de la soierie*, París, 1961, p. 20. También el conde de Ripalda, uno de los prohombres de la Sociedad Económica, observador atento de la realidad agrícola europea, informaba un poco antes en el mismo sentido. Cf. *Boletín enciclopédico de la Sociedad Económica de Amigos del País*, vol. I, 1839–40–41, p. 9 y, sobre todo, 228 y ss (En lo sucesivo, citado como *Boletín enciclopédico*).

5 E. LE ROY LADURIE, *Histoire du Languedoc*, París, 1974, 3ª ed., p. 110 y ss; L. Guenau, *Lyon et le commerce de la soie*, París, 1923 (reed. Nueva York, 1973), p. 20–6.

6 J. DENIAU, *Histoire du Lyon et du Lyonnais*, París, 1951, 124 y ss.

El caso de Italia es algo distinto. También aquí la epidemia causó profundos estragos, en particular en Lombardía, que era el área productora más importante, y donde los últimos años 50 fueron particularmente duros a causa de la semiparalización de la actividad sedera<sup>7</sup>. Sin embargo, la industria sedera se había especializado en Italia en la hilatura, de tal manera que incluso existía la tendencia a importar materia prima para reexportarla semielaborada. Esta circunstancia favoreció, sin duda, la rapidez con que los italianos afrontaron la crisis, acudiendo también a la importación de simiente japonesa. Otra circunstancia favorable residía, quizá, en la localización geográfica de los principales distritos sericícolas, como Bergamo o Como, que reunían condiciones climáticas más propicias de lo que resultaron ser, por ejemplo, las huertas de Valencia o Murcia. En los años posteriores a la Unificación, la sericultura italiana recuperó parte de su vitalidad productiva y la industria su capacidad exportadora<sup>8</sup>.

La sericultura española es la que llevó la peor parte y, dentro de ella, la del País Valenciano, que era la zona principal de la producción sedera. Lo que interesa subrayar es que, a diferencia de lo que sucedió en otras partes, el golpe recibido por la sericultura española se reveló como prácticamente mortal, lo mismo que sucedió con la producción textil, de la que sin embargo no nos ocuparemos aquí<sup>9</sup>. Quizá resulte lo más ilustrativo comparar el signo de la evolución seguida por la producción de seda en los tres países mediterráneos que ya hemos mencionado y, sobre todo, en unos momentos en que la lucha contra la crisis había movilizado ya numerosas energías y cabía esperar resultados tangibles:

PRODUCCION DE CAPULLOS DE SEDA EN FRANCIA, ITALIA Y ESPAÑA (En Kg.)

	1874	1875	1876	1877
Francia	11.071.694	10.770.663	2.396.385	6.783.000
Italia	43.310.000	39.410.600	14.537.000	22.450.000
España	1.848.000	1.605.000	1.210.000	920.000

Fuente: Gaceta agrícola del Ministerio de Fomento, V, 1877, p. 221.

7 B. CAZZI, *L'economia lombarda durante la restaurazione, 1814–1859*, Milan, 1972, p. 46–48.

8 R. ROMEO, *Breve storia della grande industria in Italia, 1861–1961*, Milan, 1972, 4ª ed.; R. MORANDI, *Storia della grande industria in Italia*, Turin, 1966, 4ª ed.; E. SERENI, *Il capitalismo nelle campagne, 1860–1800*, Turin, 1968; L. de Rosa, *La rivoluzione industriale in Italia e il Mezzogiorno*, Bari, 1973, p. 14.

9 Un planteamiento de la cuestión en mi “Sedería e industrialización. El caso de Valencia (1750–1870)”, en curso de publicación.

Por lo que respecta a España, más relevadora resulta todavía la evolución seguida por la producción neta de seda:

1869	.....	342.000 Kg.
1870	.....	326.000 Kg.
1871	.....	138.000 Kg.
1872	.....	?
1873	.....	171.400 "
1874	.....	?
1875	.....	115.000 "
1876	.....	85.000 "
1877	.....	66.000 "

Fuente: Ver nota 10

En cuanto al lugar que ocupaba la producción sericícola valenciana en el conjunto nacional, resulta difícil de precisar. Las indicaciones que he podido ver permiten calcular que, antes de comenzar la epidemia, oscilaba entre los 400 y 500 mil kg, lo que debía representar, cuando menos, el 50 0/0 de la cosecha<sup>11</sup>. La del año 1850 puede ser considerada como la última normal, e incluso excelente, hasta el punto de que su abundancia y calidad pudo compensar a los labradores el descenso de los precios. Por otra parte, parecía afirmarse la tendencia a la división del trabajo, de manera que los campesinos concluían su misión vendiendo los capullos de seda en La Lonja, donde eran adquiridos por las fábricas de hilatura, confirmando con ello la creciente importancia de este sector en la industria sedera local, tal como venía sucediendo ya desde, por lo menos, los quince últimos años<sup>12</sup>.

Esta evolución saludable empezó a peligrar desde 1852, cuando se advirtieron los primeros síntomas de la epidemia que, por otra parte, ya hacía dos o tres años se había hecho notar en Francia e Italia. Pero la *pebrina* no se presentó con toda su violencia hasta la cosecha de 1854 en que se perdió casi por entero. La situación prosiguió empeorando hasta 1857, una de las cosechas más desastrosas, para mejorar algo en los años siguientes, pero sin recu-

10 R. MELGARES, *Memoria sobre el estado de la industria sericícola en España*, Madrid, 1883, p. 16 y ss.

11 Una de las tradiciones más arraigadas en la historia de la sericultura, no sólo valenciana, es la vaguedad, cuando no la incongruencia, de los datos cifrados. Las afirmaciones del texto se basan en *La agricultura*, vol. II, 1864-65, p. 270; *Ibid* 24/V/1871; R. Melgares, *Op. cit.*; y R. ESPEJO BECERRA, *Tratado completo de sericultura, que comprende la historia y estadística de la seda*, Madrid, 1874. Un ejemplo concreto: en 1866 casi la mitad de la seda vendida no pasó por la Lonja, sino que fue negociada directamente por los productores desde sus domicilios. Cr. *La agricultura* 8/XI/1866.

12 He tratado esta cuestión en el capítulo VI de mi tesis *La sedería de Valencia, 1750-1865. Algunos problemas*, cuya edición está en preparación. Un ejemplo concreto puede verse en *Diario Mercantil*, 31/V/1850.

perar jamás su nivel anterior, puesto que vino a memmarse considerablemente hasta quedar reducida a una cuarta parte. Las desastrosas inundaciones que arrasaron la Ribera en el otoño de 1864 contribuyeron a desbarajustar más aún la difícil situación del campo valenciano. Por lo que concierne a la seda, el año 65 fue nefasto:

"Renunciamos a hablar de las sedas —escribía un cualificado periódico local— porque esta producción que siempre había sido importante en Valencia, casi ha desaparecido (...) Por otro lado, la paralización de las fábricas de tejidos ha llevado tras de sí que el negocio de las sedas haya estado durante todo el año borrado del catálogo comercial"<sup>13</sup>.

A finales de la década y comienzos de la siguiente hubo un momento en que pareció renacer la esperanza, sobre todo a causa de los resultados obtenidos de la simiente importada del Japón y porque la elevación del precio de la hoja de morera parecía añadir un estímulo suplementario para proseguir el cultivo. Sin embargo, para entonces era demasiado tarde, y tanto el mercado mundial sedero como el propio campo valenciano estaban conociendo ya una reconversión profunda que mostraba el carácter irreversible del ocaso de la sericultura.

Las causas de la epidemia no quedaron claramente determinadas y la opinión se dividió entre quienes pensaban que el fundamento estaba en la "degeneración" de la raza de los gusanos y entre quienes opinaban que el mal residía en las moreras. Matizando estas interpretaciones no faltaron explicaciones más o menos pintorescas, desde la de quien creía descubrir cierta conexión entre el empleo del guano como abono, hasta quien aseguraba que el humo de las fábricas y del ferrocarril habían dañado a las moreras<sup>14</sup>. Con todo, es conveniente destacar dos aspectos muy distintos que, sin duda, repercutieron negativamente sobre la sericultura. El primero es el de una serie de irregularidades climáticas, especialmente un aumento de la humedad y, posi-

13 *La agricultura* 8/I/1866. Para los años anteriores, Archivo de la Sociedad Económica de Amigos del País, Comisión de Agricultura. Sección sedera. Informes anuales. Especialmente interesante es el de 1860.

14 ANTONIO DE OÑATE, *Memoria sobre la investigación de la causa que ha motivado la casi total pérdida de la cosecha de seda en este año de 1854*, Valencia, 1854; Archivo de la Sociedad Económica, Caja de 1864. Agricultura. (El callado, pero eficiente, trabajo de M<sup>a</sup> Francisca Aleixandre nos permitirá contar pronto con un catálogo de este Archivo y su clasificación correspondiente). *La agricultura*, vol. 1863-4, p. 35; S. BODI CANGROS, *Investigaciones sobre la pérdida de la cosecha de la seda en la provincia de Valencia*, Sociedad Económica de Amigos del País, Valencia, 1855; F. LLORENTE Y OLIVARES, *Memoria sobre la enfermedad del gusano de la seda* "La agricultura", vol. I, pág. 209 y ss.; V. MARTINEZ CATALA, *Estudios sericícolas*, Valencia, 1896; R.E.S., *Memoria sobre la cuestión agrícola-fábrica e industrial sedera*, Valencia, 1855.

blemente, alteraciones de la temperatura que parecen coincidir con el cambio señalado a mediados de siglo por algún estudioso de la historia del clima<sup>15</sup>. El segundo, que también se ha señalado en el caso de Francia<sup>16</sup>, es el de una progresiva deterioración de los cuidados necesarios en la limpieza de las andanas y la rigurosa selección de simiente, todo ello fruto de la "fiebre" sericícola desencadenada en los años 40, cuando el desarrollo de la sedería lyonesa requería cantidades crecientes de materia prima. En el caso de Valencia son, desde luego, muy abundantes los indicios de que en los años que precedieron a la epidemia creció la preocupación en los medios más responsables —la Sociedad Económica es un ejemplo de ello— por mejorar las condiciones en que se realizaba la cosecha<sup>17</sup>.

Lo que sí está claro es que en 1854 nadie pensaba en el verdadero alcance de la tragedia que se avecinaba. La *Memoria* en que se resumían las actividades de la Sociedad Económica durante aquél año se ocupó tangencialmente de la crisis y dedicaba mayor atención a programar los actos conmemorativos de la canonización de san Vicente, que habrían de celebrarse al año siguiente. Mas realista era la prensa, donde a finales de mayo podía leerse:

"Sabido es lo desgraciadísima que ha sido este año la cosecha de seda y la triste situación en que han quedado los pueblos que fundan en ella su principal riqueza. La pérdida en esta provincia se evalúa en 40 millones de reales; pero aun tendrá consecuencias más lamentables, si se atiende al sinúmero de brazos a que da ocupación este ramo de la industria"<sup>18</sup>.

Las primeras medidas de emergencia se inscriben en una larga tradición de la que podrían citarse otros muchos ejemplos: abrir una suscripción pública para socorrer a los obreros sin trabajo a causa de la paralización de las fábricas y organizar el reparto de raciones de sopa y pan a cargo del Ayuntamiento, que también procuraba dar trabajo en diversas obras públicas. Así, entre agosto y septiembre de 1854 se lograron recaudar 50.703 reales, en tanto que, sólo en nueve días, se llegaron a repartir más de 2.500 raciones de sopa y pan<sup>19</sup>. La epidemia de cólera agravó la situación y dio lugar a un notable y

15 H.H. LAMB, *The changing climate*, Londres, 1966. También en Italia se dejaron sentir estas anomalías. Hay que recordar, en el caso de Valencia, el brote de cólera, que afectó también a Barcelona y Alicante, y empeoró aquí la situación en el verano de 1854.

16 J. VASCHALDE, *Op. cit.*, p. 24.

17 En el *Boletín Enciclopédico* pueden encontrarse numerosas indicaciones en este sentido; por ejemplo, vol. I, pag. 40, 89, 104; vol. II, p. 398; vol. IV, 304; etc.

18 *Diario Mercantil*, 23/V/1854. En noviembre, el mismo *Diario* cifraba las pérdidas en 60 millones.

19 Cf. *Diario Mercantil*, meses de agosto y septiembre de 1854. Las noticias aparecen muy fragmentariamente; por otra parte, en las raciones alimenticias repartidas no he contabilizado más que a los obreros de la seda: el número total es mucho mayor.

contrapuesto movimiento de población, pues mientras todo el que pudo alejarse de la ciudad, lo hizo, al mismo tiempo parece que una turba de mendigos inundó sus calles; si al comienzo de las dificultades no era infrecuente invocar la "caridad cristiana", poco después lo normal era quejarse por la enojosa presencia de la mendicidad.

La segunda serie de medidas fue la de solicitar del gobierno que autorizase la libre importación de la seda para evitar la paralización de las fábricas. En tal sentido se unieron las peticiones del Ayuntamiento, la Junta de Comercio, la de los mayores contribuyentes y la de el Colegio del Arte mayor de la Seda. La confusa situación política general retrasó hasta finales de año la efectividad de esta medida que fue finalmente concedida por un año. Pero como las circunstancias no habían cambiado, en 1855, 56 y 57 se logró sin mayores dificultades su prolongación. Sin embargo, en 1858 la Sociedad Económica se opuso ello; la gravedad del problema la hizo volver de su acuerdo dos años más tarde, cuando el Colegio volvió a la carga. Sin embargo, como luego veremos, no todas las dificultades procedían de la escasez de las cosechas.

En tercer lugar, lo que se intentó fue probar nuevas especies de gusanos, puesto que, como ya señalamos, había cundido la desconfianza respecto a la clase que tradicionalmente se avivaba en Valencia. Las primeras gestiones se canalizaron hacia la obtención de simiente italiana, pero en vista de los resultados poco alentadores, se procuró también experimentar con simiente de Smirna y otros puntos de Levante, de Argelia e incluso de Rusia, además, claro está, de diversos tipos de procedencia peninsular, especialmente de Córdoba, y también de Mallorca. Pero hasta que al final de los años 50 y comienzo de los 60 no se contó con simiente japonesa, no se lograron resultados satisfactorios. No obstante, estas pruebas fueron siempre realizadas con carácter experimental y nunca en gran escala, puesto que la carestía de tales importaciones resultaba un factor prohibitivo para su generalización; en 1857, por ejemplo, la Sociedad Económica logró que el gobierno sufragara los gastos de la compra de semilla extranjera y de no haber sucedido así, es más que probable que la sericultura hubiese declinado antes de lo que lo hizo<sup>20</sup>. Otro tipo de soluciones apuntadas fue la de experimentar las cosechas al aire libre o la de probar nuevos tipos de gusanos que no necesitaban alimentarse con hoja de morera, sino de roble o de ailanto. El problema que planteaba la dependencia creciente respecto a simiente de importación era no solo el encarecimiento de la cosecha, sino el riesgo, cada vez más generalizado, de ser víctimas de fraudes y engaños, puesto que no era infrecuente el vender, haciéndola pasar por japonesa, simiente de otras procedencias, que luego resultaban también afectadas por la enfermedad. Este fue otro factor que contribuyó decisivamente a retraer a los labradores induciéndoles a abandonar

la cosecha de seda. El otro riesgo es el que comenzó a perfilarse desde 1871, cuando las autoridades japonesas decidieron limitar la exportación de semente y favorecer, por el contrario, la exportación de la seda hilada<sup>21</sup>.

La cosecha de seda, además de proporcionar la materia prima para una importante industria local y constituir uno de los principales productos de exportación, asumía también un papel estratégico clave en el conjunto de las relaciones de producción dominantes en el campo valenciano: ayudar, como es sabido, al pago de los arrendamientos, al menos en lo concerniente al plazo que vencía por san Juan. En circunstancias normales, el precario equilibrio económico en que se desenvolvían los colonos les permitía a duras penas afrontar sus compromisos; una mala cosecha, o simplemente una cosecha corta, por ejemplo de seda, o de cáñamo, que realizaba una función similar, era suficiente para ocasionar profundas perturbaciones en la reproducción del sistema.

“El agricultor de nuestra huerta —escribía en Las provincias un comunicante anónimo— no es propietario (salvo rarísimas excepciones) y cultiva, por término medio, de 6 a 10 hanegadas. Cuando se establece, sólo recibe una pequeña choza, un campo y algunos aperos. Su primer cuidado es la adquisición de un caballo (que obtiene al fiado, pagando en tres anualidades). Es creencia general que la primera anualidad deja cubierto el valor efectivo del cuadrúpedo recibido. Luego busca al constructor de aperos de labranza y éste le suministra lo que necesita, a pagar en una o dos cosechas, con las onerosas condiciones que son de suponer”<sup>22</sup>. Esta era la dinámica que conducía el endeudamiento, agravado por una enfermedad imprevista o de un incremento de la familia, cuando no a la proletarización completa. Incluso el pequeño propietario tropezaba con dificultades para desenvolverse y “si no tiene bastante tierra para vivir, el marido o hijo, van ciertos días a ganar jornal (y) la hija a las fábricas de seda, vidriado, tabacos, o se ocupa en industrias carseras”<sup>23</sup>. Sin embargo, por difícil que resultara esta situación no quedaban muchas alternativas. En el Informe citado en la nota precedente se hacía el siguiente cálculo del “caudal que necesita un labrador para hacerse propietario de un coto acasurado en Valencia”<sup>24</sup>.

21 *La agricultura*, 24/VII/1870.

22 *Las Provincias*, 8/VII/1866.

23 *Informe que acerca de la obra titulada Población rural escrita por el Exmo. Sr. D. F. Caballero, emite la Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia*, en *Boletín Enciclopédico*, vol. XIV, 1865.

24 *Ibid.* Los gastos en secano ascendían a 135.000 reales, partiendo de la base de una propiedad—tipo de 60 cahizadas, a 1.500 reales cahizada.

Por 4 cahizadas de huerta, a 12.000 reales cada una . . . . .	48.000
Por construcción de una alquería . . . . .	20.000
Por compra de un carro, caballería, aperos, utensilios para la casa, simientes y abono (1 año) . . . . .	10.000
Total . . . . .	78.000 reales

Evidentemente, esta solución no resultaba factible para la generalidad de los labradores, por lo que el arriendo continuaba siendo la salida más buscada. No obstante, esta estructura de la propiedad tenía serias limitaciones. Como señalaba la Sociedad de Agricultura,

“el labrador de este país no se promete, ni puede prometerse, sino conservar su fortuna el propietario, y asegurar su jornal y el rédito del empleo de sus medios de labranza el mero cultivador. Si tomase en arriendo tierras una persona que hubiera de satisfacer a dinero todos los gastos de cultivo en este país, de seguro que se arruinaría. Cuando hallen salida las cosechas, no se hace más en esta vega de Valencia que cobrar la renta de la tierra de los jornales, y recobrase o reintegrarse del capital que se emplea. Luego faltando aquella salida, la ruina del labrador y la mengua en el propietario, son inminentes”<sup>25</sup>.

Quizá sea bueno recordar que, junto a estas importantes supervivencias de un sistema tradicional de propiedad, había surgido una nueva clase de propietarios —“*burguesía terratinent*”, dice Alfons Cucó en un trabajo reciente— quienes “*havien introduit a les relacions de producció agràries una mentalitat molt més exigent des del punt de vista econòmic, que tractà de trobar una rendabilitat de les seves terres, inimaginables als anys anteriors. El seu enfrontament amb les normes consuetudinàries de l'arrendament seria radical, especialment a aquells llocs —com l'Horta— on per exigències del conreu estava especialment arellada dita forma de colonat*”<sup>26</sup>, señala el mismo autor.

Son éstos los hombres que se agrupan en la liga de propietarios y quienes realizan las mayores inversiones en el campo. Pero sus propias palabras resultan más reveladoras y exactas:

“En los últimos 40 años la propiedad ha transformado las antiguas decadentes cosechas, abriendo los veneros de riqueza que han permitido a la provincia soportar las difíciles circunstancias de los últimos tiempos. Los propietarios han transformado ó ensanchado en escala que parece increíble las cosechas de arroz, del maní, del vino y de la naranja (...) No descansan los propietarios valencianos; hoy aventuran su capital y su trabajo en la investigación de aguas artesianas y en el renacimiento del cultivo de caña y de la industria azucarera. Pues si los propieta-

25 *La agricultura*, 20/VI/1866.

26 A. CUCO, *Republicans i camperols revoltats*, Valencia, 1975, p. 60—61.

rios no son ajenos el progreso agrícola, ¿por qué, se les dice, no lo difunden educando a sus colonos? Porque para esta obra de educación era necesario subordinar el colono al propietario, transformarle en aparcerero o jornalero; y esto es precisamente lo que el colono rechaza<sup>27</sup>.

Estas opciones entre una forma de propiedad burguesa, que implica no sólo una racionalidad económica nueva, sino también unas relaciones de producción que pasan por la polarización social propietarios—proletarios me parece el dilema central sobre el que se edificarán las bases de la Valencia contemporánea. Mientras no conozcamos bien las formas y peculiaridades de tal proceso, tanto en su dimensión económica, como política, seguiremos sin comprender muchas cosas.

Por lo pronto, no cabe duda de que la crisis sericícola contribuyó a desencadenar las transformaciones a que aludimos, en la medida en que dislocó las posibilidades de perpetuar el funcionamiento del colonato. En efecto, la cria de gusanos de seda se consideraba como una de las fuentes más abundantes y básicas de la riqueza y bienestar del País: “Su producción forma la base y sirve para cubrir los gastos de todas las demás operaciones agrícolas, por lo que, malograda ésta, causa un trastorno que bien se ha dejado sentir en el pasado año<sup>28</sup>. ¿Y en qué consisten los trastornos? No puede expresarlo con mayor concisión el acuerdo tomado por la Junta de la Sociedad Económica, a principios de Junio de 1855, consistente en “elevar una esposición al Gobierno de S.M. con el objeto de conseguir de su Real ánimo alguna rebaja en las contribuciones de esta provincia por razón de la mala cosecha de seda, perjuicios sufridos en la del cáñamo, y atraso en que se encontraban los labradores por efecto de las sequías anteriores<sup>29</sup>”.

Los diez años siguientes fueron decisivos. La epidemia continuó extendiéndose, las cosechas se perdieron, comenzó la tala de las moreras e incluso en las raras ocasiones en que se obtenían resultados parciales algo más satisfactorios, la seda escaseaba porque era necesario reservar la mayor parte de la cosecha para reponer la simiente de las cosechas venideras. El precio de los capullos fue elevándose —en plena campaña de 1863 alcanzó los 256 reales/arroba— y también lo hizo el de las sedas hiladas más usuales, como por ejemplo las tramas finas, que de un promedio oscilante entre los 72 a 80 reales por libra en 1859, se estabilizó hacia 1865 entre los 112 y 115 reales. Pero la elevación de los precios apenas pudo compensar el incremento en los costes de producción, desventaja ésta que era muy sensible, puesto que uno de los principales atractivos de la cosecha de seda en circunstancias normales era precisamente lo reducido de los gastos que originaba, de donde la impor-

27 *Las Provincias*, 18/II/1879. Incluido también en A. Cucó, *Op. cit.*, Apèndix, nº 3, p. 131 y ss.

28 *Boletín Enciclopédico*, vol. IX, 1854—55, p. 92.

29 *Ibid.*, p. 112.

tancia de los beneficios netos obtenidos de su realización. Hacia 1865 los efectos de la crisis eran patentes. La Junta de Fomento de la Sociedad valenciana de Agricultura elevó a las Cortes una exposición en la que trataba de justificar su petición de que fuese declarada voluntaria la participación de los hacendados de la provincia en un empréstito de 600 millones de reales proyectado por el gobierno. El momento era muy difícil, puesto que coincidían los efectos de las inundaciones del año anterior, que habían destrozado los riegos, dado al traste con la cosecha de arroz, mientras que la pérdida de la seda era total, no quedando de ella sino “el pago de la contribución, sin haber obtenido la baja del cupo por este concepto<sup>30</sup>”.

Conseguir, en efecto, que la riqueza sericícola desapareciese como base imponible en el pago de la contribución territorial se convirtió en una de las obsesiones de los propietarios valencianos, sobre todo cuando las perspectivas para 1866 anunciaban un aumento de la contribución: “Hemos pagado—decían— sobre una materia imponible de que carecemos, seguiremos pagando cuando tenemos menos<sup>31</sup>. Y no sólo cuando tenían menos, sino —y esto era quizá lo más inquietante— cuando no se veía la manera de recomponer el quebrantado sistema de arrendamientos: “Estando cultivada por colonos la mayor parte de nuestras tierras, de huerta y arrozar, los arrendatarios de las primeras satisfacían el plazo de su arrendamiento que vence en S. Juan con el dinero que obtenían de la seda, hilada o en capullo, y los de las segundas, dedicaban los mismos rendimientos a los trabajos y abonos que exigían los arrozales (...) Este bien entendido sistema proporcionaba al labrador de la vega el poder reservar una buena parte de su cosecha de trigo para que su familia comiese pan en el invierno, y permitía al de la Ribera el sustraerse a las exigencias de la usura; Una enfermedad contagiosa que viene sufriendo el gusano de la morera, ha perturbado este orden. Véanse hoy obligados los labradores, los unos á vender su cosecha de trigo para pagar el arrendamiento de sus tierras, los otros a recurrir á la usura para poder atender á la continuación en el cultivo de la cosecha casi única en que cifran la esperanza de cubrir todas sus atenciones<sup>32</sup>”. Por tanto, si no se lograba reducir el montante de la contribución, pero resultaba difícil evitar la rebaja de los arrendamientos —que en algunos casos oscilaba entre el 25 y el 50 %<sup>33</sup>, so pena de perder por completo el arriendo, lo que se imponía era abordar la reconversión de los cultivos, encontrar la fórmula adecuada que permitiese recomponer “el bien entendido sistema”. En definitiva, los naranjos, el vino<sup>34</sup> y los cultivos de

30 *La agricultura*, 24/II/1865.

31 *Ibid.*

32 *Ibid.*

33 *Ibid.*

34 La exportación de vino —según *La agricultura*, 24/II/1869— creció así: 1866: 8.915.392 litros; 1867: 9.154.616; 1868: 12.661.366.

huerta serían los beneficiarios de la nueva situación. Pero la transición no podía ser ni rápida, ni fácil. En 1869, podía establecerse el siguiente balance: "En la exportación de los productos naturales del país hallamos estacionada la del aguardiente (...), estacionada la de aceites, que (...) quisiéramos ver competir en el mercado francés con los de Italia; amenguada la de arroces, uno de los principales productos valencianos; estacionada la de cacahuete, frutas secas, habichuelas, maíz, y otras; vemos que progresa lentamente la de frutas tiernas, y sólo en el pasado año aumenta de un modo respetable la exportación de vinos"<sup>35</sup>. En contrapartida, y como inquietante signo de las dificultades existentes, se constataba el incremento en el consumo de pescado salado, "recurso alimenticio para las clases pobres", y la importación de trigo y harina.

Por otra parte, la industria de Valencia, perdida la posibilidad de la industria sedera, no ofrecía bases suficientes para pensar en ella como alternativa. En 1867 Polo de Bernabé la describía en estos términos: "La industria fabril no tiene gran importancia en Valencia, y menos la industria en grande; fuera de la industria sedera, sujeta de algunos años a esta parte a crisis lamentables, y cuya decadencia es visible, los demás ramos de la producción industrial se ejercen casi exclusivamente en numerosos y pequeños centros por industriales aislados, ó que tienen bajo su dirección un reducido número de obreros. No hay aquí esos grandes talleres en que el capital auxiliado de la mecánica, pesa duramente sobre el trabajador y en que los salarios sufren con frecuencia reducciones muy sensibles o se paraliza el trabajo"<sup>36</sup>. Dos indicios más de esta situación eran el estancamiento en el consumo de hierro y carbón: "por regla general, la riqueza aumenta en los países a la par que el consumo de carbones"<sup>37</sup>.

Por todo ello, la agricultura se convertía en la tabla de salvación. De ahí que garantizar la propiedad, asegurándose un buen servicio de guardia rural, se convirtiese en otra de las obsesiones de los propietarios valencianos. El malestar creciente, que culminaría en los acontecimientos de 1878-79, no haría sino reforzar esta "necesidad". Con todo, la solución no residía en más vigilancia y represión, ni en la supresión de los "consumos", sino en un planteamiento más ambicioso que, por cierto, la Sociedad Económica había aireado ya en su Boletín años antes: "Caminos, canales y ríos navegables, comunicaciones baratas del centro a la circunferencia, mercados extranjeros donde vender sus productos naturales, compra a los extranjeros de sus

35 *La agricultura*, 24/II/1869.

36 *Las sociedades cooperativas. Su organización, progresos y su influencia en el porvenir de la clase obrera. Memoria premiada por la Sociedad Económica en el concurso público de 1867*. Escrita por D. Antonio Polo de Bernabé, Valencia, 1867 (El jurado que otorgó los premios estaba presidido por Eduardo Pérez Pujol).

37 *La agricultura*, 24/II/1869.

artefactos en cambio, he aquí la base del ingreso al erario, de la disminución de contribuciones, de un comercio interior vivificante, de una navegación considerable en su cabotaje (...) Derechos protectores bien calculados, y el quietismo y la inacción desaparecerán de su industria, y los consumos aumentarán respectivamente, y el pueblo se vestirá mejor y más barato"<sup>38</sup>.

Pero mientras se alcanzaba tal objetivo, que en definitiva implicaba la formación de un mercado nacional, la crisis de la sericultura desbrozaba inopinadamente el camino sacando a la luz las contradictorias limitaciones de una estructura económica que permitía la perduración precaria de unas economías familiares apenas vinculadas al mercado. Cuando los soportes de esa sociedad comenzaron a desmoronarse —y las primeras grietas fueron abiertas por la desamortización— se hizo cada vez más patente la dominación del campo por la ciudad y la significación de los cambios que se avecinaban<sup>39</sup>.

38 *Boletín enciclopédico*, vol. X, 1856-57, p. 156.

39 E. SEBASTIA DOMINGO, *València en les novel·les de Blasco Ibañez*, Valencia, 1966.